

lo ordinario, lo que tiene mayor demanda entre los millones de consumidores de imágenes.

¿Dónde están las otras voces? ¿Qué dice la ciencia al respecto? ¿Qué opina la universidad? ¿Cuál ha sido la experiencia internacional? ¿Qué opinan el Colegio Médico, la Academia Chilena de Medicina, la Organización Mundial de la Salud? *No se oye padre*. Lamentablemente esas voces no se perciben. El clima es unidimensional y unidireccional. El problema entonces no es la pantalla —que, a fin de cuentas, es sólo un medio—, el problema es la marejada. No es que no existan en el país médicos o científicos o asociaciones profesionales que tengan una opinión distinta. Los hay, el problema es que si sacaran la voz probablemente se les consideraría aguafiestas, o a lo más iconoclastas, y tal vez no serían elegidos nuevamente para el cargo que ocupan.

El problema, entonces, es mucho más profundo, es el problema de una sociedad en que el pensamiento crítico no está legitimado, en que las opiniones discordantes carecen de reconocimiento, en que se estimula sólo la cultura del consenso y no la cultura de la diferencia; una sociedad en que la cultura de masas está sobredimensionada, en que no hay equilibrios, en que incluso el pensar o el tener ideas con fundamento se cataloga peyorativamente —cuando no coincide con la marea— como «denso». Una sociedad en que las jerarquías y los reconocimientos están demasiado cargados para un solo costado: para el lado de los futbolistas, de la «taquilla», de los actores de teleseries, del espectáculo, del consumo y de la frivolidad. (Todo lo cual, por supuesto, es necesario, pero en cuotas razonables.)

Otro riesgo, subsidiario del anterior, es la modalidad que adquiere la política en una sociedad massmediática en que predomina la democracia electrónica. En tales circunstancias «los políticos —como ha señalado agudamente Eugenio Tironi— tienden a someterse pasivamente a la tendencia periodística de buscar el espectáculo, a caer en una sobreexposición comunicativa que linda en la promiscuidad en su contacto con los medios»<sup>2</sup>. «Son conductas que, movidas por la ansiedad de la pantalla, llevan a la frivolidad de la política y al consiguiente descrédito de la democracia». Ahora bien, Eugenio Tironi, que preside el Departamento de Comunicación y Cultura del Gobierno, señala que esta promiscuidad obedecería a una interpretación equivocada del campo

de las comunicaciones, a una interpretación preindustrial de raigambre frankfurtiana, una interpretación que mitifica el poder de los medios. A nuestro juicio, contrariamente a lo que plantea Tironi, el problema no reside en la pugna entre apocalípticos e integrados. No se trata de ésta o la otra interpretación del rol de los medios; el problema es cómo funciona nuestra realidad. Los diputados que después de la muerte de Italo Carrillo aparecieron en pantalla donando sus órganos, lo hicieron —qué duda cabe— por generosidad, pero también porque estamos en año de elecciones y porque saben que ello da dividendos. Por la misma razón pocos días después algunos parlamentarios se esforzaron por fotografiarse junto a Sofía Loren (vino por dos días al país —US \$ 100.000— para inaugurar un gigantesco «Mall» o centro comercial, en castellano).

El gran desafío es, por ende, no terminar con la televisión o con la democracia electrónica, o con la cultura de masas. El problema es, como decíamos, la dinámica con que opera la sociedad chilena. El gran desafío es, por lo tanto, construir una sociedad civil más heterogénea, una sociedad con diversas voces e instituciones, que escuche tanto al intelecto como a la pantalla, a la pelota como al libro, a lo serio como a lo frívolo, a la imaginación como a la realidad, al alma como al cuerpo. Pues bien, ¿cómo se logra en el Chile de fines del siglo XX tamaño utopía? Me siento tentado a escribir: no vislumbro otra solución que los trasplantes.

## Bernardo Subercaseaux



<sup>2</sup> La segunda, 5 de octubre, 1993.

Carta de Nueva York

## Crear la irrealidad con lo real

U nos años antes de morir, en 1951, el poeta norteamericano Wallace Stevens publicaba un breve tomo de ensayos titulado *El ángel necesario*; en este libro, además de en toda su poesía, describía una auténtica literatura de *la realidad integral*: es decir, una escritura en la cual empirismo e imaginación, al entrecruzarse y mezclarse, reflejan *la verdadera realidad de la mente*, que en ningún caso es la realidad del realismo, ni tampoco la irrealidad del surrealismo o de la literatura del absurdo. Las repercusiones de la obra de este poeta fueron escasas o más bien nulas en España (aunque no faltaron algunas traducciones puntuales de su poesía a nuestra lengua: como las de Marcelo Cohen, Hernán Galilea, Guillermo Sucre, Andrés Sánchez Robayna, Alberto Girri, Jenaro Talens, a las que habría que añadir las numerosas antologías en castellano de la poesía norteamericana contemporánea). El mal leído, mal interpretado y frecuentemente mal traducido, Wallace Stevens, llegó a ser una cita obligatoria para los poetas españoles de los años setenta; pero en verdad se quedaron siempre en la superficie de su obra: un *corpus* poético que proponía una literatura para nuestro fin de siglo, una literatura de *la realidad integral*. Por otro lado, la mayoría de la críti-

ca en nuestro país continuaba dividiendo la literatura entre realista o vanguardista, sin percibir que el supuesto realismo jamás existió y que el empeño vanguardista por negar la literatura anterior se convirtió en un manierismo intelectual, intragable en muchos casos.

La escritura de la mente (el *realismo integral*) no es la escritura de los mecanismos de la mente, que es lo que fue la poesía hasta Wallace Stevens. Para este autor la escritura debe ser como la mente, es decir, como la realidad, que es abarcadora, integral, y no selectiva y clasificadora. En el tipo de poesía que proponía el norteamericano el hilo racional se ve interceptado por «otras» historias, narrativas, visuales «contadas/contándose a sí mismo». Porque una experiencia, un pensamiento, no se agotan sino dejando paso a otras historias para luego volver a resurgir. No se trataba, pues, de una nueva literatura del absurdo, o neosurrealista, tampoco era un intento neovanguardista o experimental, sino que estábamos ante un auténtico realismo: el de la realidad mental.

Si se observan las conversaciones y las vivencias cotidianas, la gente tiende a empezar cuentos que se ven interrumpidos continuamente sin que por eso pierda la «tensión» y la claridad el «cuento principal». En nuestra misma vida no se puede decir que los acontecimientos sucedan de una manera tan lineal, ni tan clara, como tratan de describirlos el supuesto realismo. Un realismo integral debería ser una mezcla absoluta de realidades a veces informes y frecuentemente desconectadas de la narración principal o de la temporalidad lógica y esperable. Hasta ahora la literatura ha querido imponernos una idea del realismo que es falsa; es decir, ordenada según un hilo narrativo lógico y gramaticalmente dictatorial. Por otro lado, existe una supuesta literatura de vanguardia, experimental, absurda, etc., que pretende alejarse del realismo a través de lo irracional, el absurdo, lo fabulador. En verdad, una *literatura de la realidad integral* implica una mezcla absoluta de todos estos elementos sin considerar unos «realistas» y otros «irreales». Se trata de una literatura de la mente, en la cual tanto la realidad externa como la realidad interna, tanto lo referencial visto como lo referencial imaginado, se mezclan para convertirse en el testimonio de nuestra realidad empíricomental; «el poeta —escribía Stevens— debe crear su irrealidad con lo que es real».

## Testimonio: dos poetas puertorriqueños y una exposición

Para los que confunden el arte comprometido con el arte panfletario, ciertas manifestaciones donde la invención fabuladora ocupa un lugar tan importante como la preocupación de orden estético, les pueden parecer de orden vanguardista, no obstante, una mirada menos reductora de lo que es la poesía de compromiso social demuestra todo lo contrario. Dos poetas puertorriqueños que durante mucho tiempo han residido en Nueva York, Clemente Soto Vélez (1905-1993) e Iván Silén (1944) han sido noticia este año, uno porque murió, ya en su isla, y el otro porque se ha publicado una antología de su obra: *La poesía como libertad* (Instituto de Cultura Puertorriqueña).

Ambos poetas han ocupado un papel fundamental en lo que se puede considerar como la literatura hispánica de Nueva York. Soto Vélez vino aquí en los años treinta, después de haber padecido varios años de encarcelamiento por haber manifestado sus ideas nacionalistas en Puerto Rico. A partir de 1954, año en que publicó en Manhattan su libro *Abrazo interno*, su actividad como poeta y como nacionalista puertorriqueño iban siempre juntas. En 1959 publicaría un libro fundamental dentro de su obra: *Caballo de palo*. Conocido dentro de la literatura hispanoamericana por haber pertenecido en los años veinte al movimiento vanguardista más importante de Puerto Rico, el «Atalayismo», es totalmente ignorado en España; en el *Diccionario de literatura española e hispanoamericana* de Alianza Editorial, publicado en 1993, no se menciona a este autor. En su poesía se mezclan los elementos de orden visionario con una obsesionante preocupación por redefinir, a través de la imaginación, su identidad como puertorriqueño, como un ser humano inconformista y como un poeta que se considera dotado de suficiente poder para cambiar el mundo a través de la fabulación poética.

Iván Silén fue, en el Nueva York de los años setenta, el rebelde que reunía en su casa (y en sus revistas, *Lugar sin límite* y *Caronte*) a todos aquellos escritores que intentaban plantearse «otra» literatura que no fuera la consagrada por académicos e historiadores. La dispersión y asimilación por medio de las instituciones univer-

sitarias de muchos de aquellos escritores, hizo que su figura aglutinadora se convirtiera en la de un artista que, a pesar de estar absolutamente contra todo y en contra de todos, daba acogida a aquellos que pretendían tomar una actitud crítica frente a las tradiciones literarias de sus países de origen. Posteriormente, Silén se fue aislando y se afirmó en él la figura del poeta como un paria. La publicación de varias novelas y de algunos ensayos, y la de un libro principalmente, *Los poemas de Fili-Melé* (1976), lo han convertido en uno de los escritores más prolíficos de la literatura escrita en Nueva York. A punto de cumplir sus cincuenta años, la reciente publicación en una editorial «institucional» de una antología de su poesía, parece indicar que la estructura de la cultura oficial de su país le ha abierto el merecido espacio que requiere su obra.

La rebeldía estético-filosófica de Iván Silén es tan sistemática que pudiera parecer un «ejercicio de estilo», mas en verdad sus planteamientos nietzschianos proceden de una permanente crítica al sistema, tanto literario como existencial. El postulado del filósofo alemán que aparece en *El ocaso de los ídolos*, «mucho me temo que no conseguiremos librarnos de Dios mientras sigamos creyendo en la gramática...», se materializa en la obra de Silén por una absoluta libertad frente a la escritura, que él reinventa a través de una ortografía que le es propia, y mediante un ataque a los postulados judeocristianos que legitiman la existencia humana por medio de un Ser supremo (Dios), el cual, para Silén, no solamente no existe, sino que es contrapuesto al verdadero ser auténtico, el No-Ser.

Para los escritores que viven dentro de las circunstancias de los países donde nacieron, es posible que la continua redefinición de la identidad del artista no sea un problema de relevancia, pero para los que como Iván Silén viven en Nueva York, lejos de su «ámbito natural», el planteamiento de la propia identidad como poeta y como ser humano parecen ser siempre apremiantes.

La actual exposición en *The New Museum of Contemporary Art* de esta ciudad, «Testimonio», trata precisamente ese tema: «Testimonio busca redefinir tanto la manera de abordar la realidad latina —que es como se les conoce aquí a los inmigrantes hispanos— como las relaciones entre trabajadores universitarios, trabajadores de museos, artistas, residentes de la comunidad, activistas y el pú-